

el alfarero va tomando las cantidades que pueda necesitar para la tarea que se echa, por lo general pellas de 8 ó 10 kilos, y las amasa a brazo, como el pan, sobre la mesa de amasar, que es un poyo de mampostería, embaldosado como la pilanca o sin embaldosar, con una loncha de piedra en su cara superior.



El barro amontonado en el obrador de Faustino listo para heñirlo y trabajar con él. Obsérvese que cerro, hendido en su centro, como las conocidas tetas geológicas de Viana

Este poyo mide metro y cuarto de largo por medio de ancho y algo más de medio de alto y está adosado a una pared. A veces, si el barro está muy húmedo, antes de amasarlo lo extienden sobre la pared en una capa fina sobre una extensión como de un metro de diámetro, para aumentar la superficie de evaporación y que se seque un poco. De la pared lo toman para amasarlo.

Todas estas maniobras exigen un perfecto conocimiento del barro por parte del que lo trabaja, de sus cualidades y punto de cada momento, como el del panadero en el horno, y el alfarero ducho las distingue sólo con mirarlo o echarle mano, como el pastor sabe las condiciones de cada animal que lleva a su cuidado.

Puesto o no en la pared, según se necesite, el alfarero forma la pella para la tarea y la deposita sobre la mesa de amasar, donde la hiñe con sus puños hasta que la considera en buen estado de plasticidad para modelar y la deja sobre el entablado de trabajar, sentándose él contra la pared, en la que sujeta su cuerpo por detrás en una tabla un poco inclinada hacia delante, atada con sogueos a los travesaños del entablado y que lleva encima unos ropones, colocada a la altura suficiente para que le quede el cuerpo libre sobre el entablado y ejecutar a gusto las maniobras que necesite.

Como el barro, una vez amasado, se estropea de no utilizarlo, se procura tomar la cantidad indispensable para la obra a ejecutar y se ter-